UNA CELEBRACION ALTERNATIVA DEL V CENTENARIO DE LA EVANGELIZACION DE AMERICA LATINA

P. Antonio González Dorado, S.J.

INTRODUCCION

Nos encontramos ante la proximidad del V Centenario del acontecimiento que desencadenó la transformación de la Amerindia en la compleja realidad que hoy se autodenomina como América Latina.

La conmemoración de este acontecimiento surge cargada de conflictividad. Mientras unos subrayan las innegables aportaciones que Europa ha hecho al continente durante estos siglos, otros advierten los desproporcionados costos humanos y sociales a los que ha sido sometido. Los primeros abogan por una celebración festiva y triunfalista. Los segundos reclaman una época de reconocimiento de las injusticias cometidas, de reparación efectiva, de colaboración en la construcción de un continente en condiciones más humanas.

No se trata de una frívola discusión académica como con frecuencia se da con otros hechos de la historia hoy ampliamente superados. El proceso histórico de estos cinco siglos en América Latina explica etiológicamente la grave situación en la que se encuentran el continente y las grandes mayorías de su población, como también algunas de sus posibilidades internas para superarlas. El V Centenario es conflictivo porque América Latina se halla acosada por graves problemas internos y externos, que tienen sus raíces en su pasado histórico y que condicionan peligrosamente su inmediato futuro y su porvenir.

Dado el importante papel que la Iglesia ha desarrollado durante estos cinco siglos en la historia del continente latinoamericano y la generalizada confianza que actualmente la población mantiene en ella, no obstante sus limitaciones, es evidente que no puede ni debe marginarse ante la conmemoración del V Centenario. Pero sí debemos cuestionarnos como cristianos cuál debe de ser nuestra actitud evangélica ante dicho acontecimiento y buscar *un modelo alternativo de celebración* que sea capaz simultáneamente de impulsar operativamente la esperanza de los pueblos latinoamericanos y la solidaridad de las grandes naciones del hemisferio norte.

1. UNA CELEBRACION CONCIENTIZADORA DE LOS PROBLEMAS DE AMERICA LATINA

En las actuales circunstancias en las que se encuentra el continente latinoamericano sería un crimen de lesa humanidad una celebración centenaria pródiga en fiestas, en ociosos encuentros sociales y en cuantiosos gastos ostentosos e inútiles. Sería una celebración vuelta de espaldas a la realidad dolorida del pueblo latinoamericano, ajena a sus sufrimientos y a sus esperanzas.

Sin embargo, es necesario reconocer que el V Centenario es una ocasión excepcional para adentrarnos en los problemas de América Latina, para investigar las causas lejanas y cercanas que los han generado y que los siguen generando, para buscar e implementar solidariamente caminos de solución, promotores de un horizonte de esperanza. América apuesta, sin duda, por una celebración cualificada como *celebración de históricos compromisos* dispuestos a enfrentar la solución de los problemas que la paralizan y la desintegran.

Según mi opinión, son seis los grandes problemas por los que se encuentra atenazada actualmente América Latina y que le impiden despegar hacia un proceso de desarrollo integral, utilizando la expresión de Pablo VI.

Pobreza y empobrecimiento acelerado

Uno de los problemas más destacados del continente lo constituyen los amplios sectores de su población sumergidos en una *pobreza absoluta* y el acelerado empobrecimiento, al que se encuentran sometidas muchas de sus naciones.

Son hechos suficientemente conocidos por todos: el constante incremento de la deuda externa, los profundos desequilibrios de la balanza comercial, la descontrolada inflación con índices inauditos en algunos de los países, la elevación del costo de vida desproporcionada a los ingresos reales de la mayoría de la población, la acusada carencia de servicios y de seguridad social, las elevadas tasas de desempleo y de analfabetismo, la progresiva destrucción del sistema ecológico, etc.

Lógicamente este conjunto simultáneo de fenómenos origina una permanente desestabilización social con tendencia a degenerar en la violencia con sus inmediatas secuelas de la violación de los derechos humanos, desproporcionadas inversiones en armamentos y en el aparato militar y bloqueo al desarrollo de una auténtica democracia popular.

Esta realidad ha sido repetidamente denunciada por la Iglesia especialmente en sus documentos de Medellín y Puebla.

Desintegración interna e insolidaridad

Un segundo problema de no menor importancia es la desintegración y la insolidaridad existentes tanto a nivel continental como al interior de las naciones, suicidamente mantenidas por diferentes factores.

Los estériles y conflictivos nacionalismos han cerrado sistemáticamente la posibilidad de la constitución de un Mercado Común Sudamericano e incluso de sólidos mercados regionales y han impedido el consenso para la promoción de una política solidaria, favorable a una ayuda mutua entre los países y una orientación común eficaz en las relaciones extracontinentales.

El problema se agudiza cuando advertimos los grandes fosos existentes dentro de la sociedad entre aborígenes -alrededor de 45.000.000-, afroamericanos -aproximadamente unos 90.000.000- y el predominante grupo de cultura criollo-mestiza. Los desequilibrios existentes entre estos sectores étnicos y las barreras axiológicas establecidas entre ellos constituyen un importante factor de desintegración en muchas de las naciones.

Pero, sin duda de ninguna clase, el factor más importante de la desintegración se encuentra en la generalizada insolidaridad de las reducidas y prepotentes oligarquías económicas -un cinco por ciento de la población total- con los sectores más desfavorecidos, que globalizan casi un ochenta por ciento. Dichas oligarquías son las responsables de la escandalosa fuga de capitales, de las irritantes diferencias sociales, de la corrupción política y administrativa, de la violencia institucional y de la endémica injusticia social fuertemente enraizada en el continente.

En este contexto se hacen inviables proyectos nacionales y continentales que se sienten respaldados y apoyados por toda la población y especialmente por aquellos amplios sectores que se encuentran oprimidos por la injusticia social.

Dependencia neocolonial

Durante los últimos años, América Latina ha tomado una acusada conciencia de la desangrante dependencia neocolonial a la que se encuentra sometida por los grandes imperios del Norte, incluso con el peligro de maniqueo de denunciarla como la única causa de todos sus males, olvidando los factores internos que dificultan su crecimiento interno, que sostienen su retraso y que, consiguientemente, favorecen e incluso

incrementan él dominio y el control exteriores de los países altamente desarrollados.

Las graves consecuencias de esta dependencia neocolonial ya fueron denunciadas por Pablo VI en su encíclica *Populorum progressio* y recientemente han vuelto a ser puestas de manifiesto por la *Sollicitudo rei socialis* de Juan Pablo II.

Esta dependencia, que se centra en las relaciones económicas y comerciales, de hecho se hace extensiva a casi todos los sectores, deprimiendo y condicionando la autonomía de los países.

Bloqueo interno para un desarrollo integral

Empobrecimiento endémico y especialmente acelerado durante los últimos años, desintegración interna sostenida por una inamovible injusticia social y rígida dependencia neocolonial son factores que bloquean al pueblo para comprometerse solidariamente en un proceso de desarrollo integral con todos los sacrificios que esto implica.

En la población predomina una desconfianza en la clase política establecida e incluso en el trabajo personal honesto ya que, para amplios sectores, cuando se disfruta de él de una manera estable con frecuencia sólo sirve para seguir sobreviviendo en condiciones precarias, pero no para progresar.

Por eso se multuplican las alternativas descontroladas. Es permanente la fuga de cerebros a otros países con mayores posibilidades y rentabilidad. La economía sumergida del contrabando y del narcotráfico aparece como una solución incluso para los sectores más deprimidos. La violencia mágica y mesiánica es una tentación permanente ante la ineficacia y la imposibilidad de un diálogo humano y eficaz, y ante el descrédito del sistema legal tanto a nivel nacional como internacional.

El desafío del desarrollo técnico del hemisferio norte

América Latina es consciente del impresionante desarrollo científico y técnico que se ha producido en el hemisferio norte y de la necesidad que tiene de incorporar rápidamente el nuevo sistema tecnológico para no agravar su situación en un inmediato futuro.

Pero este mismo desafío se constituye en un angustioso problema cargado de cuestionamientos para todo el continente y especialmente para sus sectores populares: ¿tiene capacidad y está preparada América Latina para *asimilar interna y creativamente* el desarrollo científico y tecnológico del norte?, ¿puede realizarse

con una garantía de un progresivo crecimiento de la justicia social, de la propia autonomía, del respeto a los derechos humanos fundamentales?, ¿cuáles serán los costos humanos y sociales que impondrán la incorporación de la nueva teconología y su exigencia de un acelerado desarrollo?, ¿quiénes serán los beneficiados y las víctimas de esta opción que parece inaplazable?

El problema religioso: una fe débil e incoherente

Desde el punto de vista cristiano y específicamente católico nos encontramos también con otro importante problema estrechamente relacionado con los anteriores.

De hecho casi el noventa por ciento de la población es católico. Pero en los documentos de Medellín y Puebla, los obispos han constatado un generalizado divorcio entre la fe y la vida y una debilidad operativa de la fe:

> *Sin duda las situaciones de injusticia y de pobreza aguda son* un índice acusador de que la fe no ha tenido la fuerza necesaria *para penetrar los criterios y las decisiones de los sectores responsables del liderazgo ideológico y de la organización de la convivencia social y económica de nuestros pueblos. En pueblos de arraigada fe cristiana se han impuesto estructuras generadoras de injusticia* (P 437,1300).

A esta realidad tenemos que añadir en este momento, cuando la fe ha comenzado a recobrar su profundo dinamismo liberador, el cerco al que se encuentra sometida por la invasión de las sectas y por las oleadas de un laicismo agnóstico incorporado a la cultura dominante del hemisferio norte y que cada día tiene mayor difusión.

¿Puede evangélicamente la Iglesia Católica participar en las celebraciones del V Centenario sin concientizarse y sin colaborar en la concientización de toda la humanidad con relación a estos graves problemas a los que se encuentra actualmente sometida América Latina? Esta es la primera responsabilidad al celebrar el cumpleaños de un continente que padece una grave enfermedad.

2. LINEAS ORIENTADORAS PARA UNA RELECTURA DE LA HISTORIA

La actual situación de América Latina no ha surgido por generación espontánea ni puede reducirse a una sola causa, como pretenden algunos en aras a una simplificación cómoda. Es el resultado de un largo proceso histórico de cinco siglos, donde se acumulan e integran progresivamente muchos factores y muchos responsables.

Debemos distinguir, al menos, tres grandes períodos: la larga etapa de la colonia, el período que se inicia con la emancipación y los años que han transcurrido desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Epoca de la colonia (1492-1810)

El encuentro entre América y Europa era históricamente inevitable y, en un primer momento, se realizó a través de los Reinos de Castilla y de Portugal.

Lo importante en nuestro caso es marcar los signos bajo los que éste se realizó. Creo que podemos reducirlos a tres fundamentales: *el descubrimiento, la conquista y el imperio*. A éstos hay que añadir el de la evangelización, al que haremos referencia posteriormente.

El descubrimiento no debe interpretarse como un término geográficamente neutro. Se realiza en un momento de grandes necesidades y de transformaciones económicas en Europa. Para los descubridores fundamentalmente se trataba del hallazgo de nuevas fuentes de riqueza con mano de obra barata. Así se explican los inmediatos repartimientos de los indígenas y el acelerado incremento del tráfico de esclavos negros que, sin contabilizar el contrabando, ascendió a seis millones durante estos siglos: tres por las coronas de España y otro tanto por el Reino de Portugal. Así América se transformó en una valiosa mina para Europa y en una solución para muchos de sus sectores más empobrecidos.

Pero el descubrimiento quedó fuertemente marcado por *el signo de la conquista*, que implicaba la imposición de un nuevo dominio político, incluso con la fuerza de las armas cuando éste no era aceptado dócilmente tras la proclamación del requerimiento. De esta manera se estableció una acusada distinción legal y axiológica entre conquistadores y conquistados, entre vencedores y vencidos. Esto originaba tensiones y desconfianzas mútuas proclives a justificar o minusvalorar todo tipo de abusos.

El imperio, bajo la fórmula de Reinos y Virreinatos, fue el sistema mediante el cual quedaron definitivamente incorporados los territorios y pueblos americanos a Europa, con una absoluta dependencia de las metrópolis. De esta manera América quedó privada de su autonomía radical y la población quedó rígidamente estratificada -y consiguientemente, desintegrada internamente- en españoles, criollos, mestizos y mulatos, aborígenes y esclavos negros.

Epoca de la emancipación (1810-1945)

En el proceso de la emancipación intervinieron la decadencia de España en Europa,

el triunfo de la Revolución Francesa, y la adultez conseguida por la población criolla.

Pero nuevos signos van a marcar esta nueva época de la historia de América. Entre ellos sobresalen: *el predominio de un criollismo feudalista, el nacimiento y la progresiva radicalización de los nacionalismos y el establecimiento del neocolonialismo* fundamentalmente controlado por Inglaterra y por Francia.

La emancipación fue impulsada por *los más poderosos sectores de los criollos*, que pronto intentaron aunar su tradición feudalista con las nuevas corrientes del liberalismo capitalista y político. Así proliferaron originales democracias integradas por partidos políticos, enucleados por caudillos y caciques más que por los intereses del pueblo. El desarrollo del liberalismo capitalista incrementó la proletarización del campesinado. Los aborígenes descendieron a una posición peor a la que habían tenido durante la colonia. Una de las situaciones más límites fué la del Uruguay con el genocidio de los charrúas.

El ideal de los grandes próceres de la emancipación, de una América federativamente unida, pronto fue sustituída por los rígidos y replegados *nacionalismos*. Probablemente fue la solución más operativa para evitar una situación de anarquía en un territorio excesivamente extenso, con una población internamente desintegrada y con amplios sectores que esperaban una situación propicia para imponer sus reivindicaciones. Pero se rompió la unidad continental, se multiplicaron los conflictos por motivos de fronteras y de intereses particulares, obstaculizando un fortalecimiento de apoyo entre todos los pueblos americanos.

Simultáneamente surgió *el neocolonialismo cultural y económico*, conectado con metrópolis industrialmente desarrolladas y que, renunciando a las responsabilidades sociales y políticas internas de los países, se sentían plenamente libres para defender y promover sus propios intereses. Dichas metrópolis se constituyeron en garantes y controladoras del comercio exterior del continente, con una rentable capacidad de intervención en los casos de conflicto de las naciones y en las rivalidades entre las facciones y caudillajes de cada uno de los países. La habilidad y la fuerza para mantener este tipo de dependencia se manifestaron espectacularmente en la Guerra de la Triple Alianza contra Paraguay (1867-1870) como lo ha clarificado Chiavenatto en sus investigaciones.

El neocolonialismo del XIX y comienzos del XX consolidó el sistema oligárquico y plutocrático en los países, generó una pequeña clase burguesa sometida a su servicio y a sus intereses mientras se agudizaban los problemas sociales y étnicos. La autonomía del continente continuó profundamente herida, incrementándose e incluso agravándose las situaciones creadas durante la época colonial.

Nuevo período desde 1945

El fin de la guerra mundial de 1939 inicia una nueva etapa en América Latina. En el proceso de estos años han intervenido dos signos: *el neocolonialismo norteamericano* en el contexto de la guerra fría entre y el Oeste y *el impulso de la industrialización interior* unida al proyecto de la reconversión del sector primario de la producción con el objetivo de conseguir mercados exteriores más favorables. Son dos aspectos estrechamente relacionados y que de hecho han agudizado los problemas tradicionales del continente.

La mayoría de los proyectos, que se elaboran durante estos años se realiza sin la promoción de un consenso popular, que hubiera sido imposible obtener dado que la predominante teoría del desarrollismo económico relegaba a un segundo momento la atención a los problemas vitales y urgentes de los mayoritarios sectores más desfavorecidos. Más aún era previsibles profundes desajustes sociales que, en el contexto de la guerra fría y de la propagación de las ideologías populares, podían ser capitalizados por Rusia y por la alternativa comunista.

Por eso, sintomáticamente, la primera preocupación de Estados Unidos fué establecer una alianza militar, mediante el Tratado de Río de 1947. Se elaboró la ruda doctrina de la Seguridad Nacional, impartida y propagada desde la Escuela de las Américas en Panamá, donde se adiestraba y confraternizaba la oficialidad de todos los ejércitos suramericanos.

El desarrollo económico tenía que realizarse en unas condiciones adversas: bajo el control y los intereses de Estados Unidos; sostenido por gobiernos fuertes y militarizados, proclives a todo tipo de arbitrariedades y de corrupción; enfrentando la protesta popular e incluso a las organizaciones subversivas y guerrileras que progresivamente se hicieron presentes en todos los países, especialmente después del triunfo cubano.

Los resultados de esta experiencia son conocidos por todos: la agobiante deuda externa, que condiciona el futuro desarrollo de la mayoría de los países; el incremento de la brecha entre los limitados sectores ricos y los mayoritarios de los pobres; la desconfianza en los poderes políticos y en la solidaridad nacional e internacional.

La distensión y la desaparición de la guerra fría, el agotamiento interno de los países por la prolongada y sangrienta experiencia de la espiral de la violencia, hacen que en la actualidad Estados Unidos propicie las democracias en el continente y la política del diálogo entre las partes contendientes. Pero ¿cuál es el modelo alternativo de solución que se le propone y se propone América Latina?

En este momento América Latina necesita un cambio radical del plurisecular sistema en el que se han desarrollado sus relaciones internacionales. Las relaciones de colonialismo han de ser sustituídas por relaciones de solidaridad generosa y colaboradora para la solución de sus problemas. Necesita un apoyo y una comprensión incluso más amplios de los pedidos por los países d. Las naciones no deben olvidar que la barrera de la pobreza y de la explotación pueden tener consecuencias más graves para la humanidad que el histórico telón de acero, que hoy vemos que se sustentaba sobre débiles cimientos de barro.

Pero América también necesita impulsar internamente una política que sea capaz de enfrentar su endémica desintegración y de promover una solidaridad entre todas sus naciones y entre los diferentes sectores étnicos y sociales. Esto implica primariamente una clara decisión por un proyecto de justicia social, la apertura de un amplio diálogo entre todos los grupos capaz de impulsar y alentar las necesarias reformas en todos los órdenes y la confianza en el trabajo compartido y solidario.

Son evidentes el retraso industrial del continente, la falta de preparación de amplios sectores de la población laboral, la acumulación de problemas que sobre él gravitan. Pero también son constatables sus riquezas naturales y de población y, sobre todo, el impulso que durante estos años se ha despertado en los sectores aborígenes y populares para conseguir situaciones más justas y más humanas que las que tradicionalmente vienen soportando.

América Latina no debe mirar con fatalismo su futuro. Pero necesita una política capaz de promover la confianza en sí misma, de subrayar el objetivo de la justicia y del bienestar sociales, de impulsar la colaboración entre todas las naciones y sectores étnicos y sociales y que se sienta apoyada por los que secularmente se han sentido marginados y explotados por la sociedad dominante.

Visión de conjunto del proceso histórico

Sería un grave error, ante el excepcional momento del V Centenario, polarizar la atención en los agravios y desorientaciones que se imprimieron en América Latina en el momento de su nacimiento. No se puede ocultar *el pecado original*. Pero es necesario hacer una comprensión global de todo un proceso histórico, ya que sólo él puede ofrecer una explicación completa y adecuada de todos los problemas que en este momento tiene que enfrentar el continente y orientarnos en la búsqueda de soluciones adecuadas.

Es evidente que no se deben eludir las responsabilidades de los Reinos Hispanos, pero tampoco se pueden blanquear las de Inglaterra, Francia y Holanda, ni las de

Estados Unidos. Más aún, la propia América Latina ha de clarificar su propia responsabilidad interna en el desarrollo de su proceso histórico dado que, con todas las dificultades ambientales e internacionales, la solidaridad que necesita, la libertad y el progreso son dimensiones que los pueblos tienen que conquistar desde dentro, sin esperar que desde el exterior se lo vayan a ofrecer gratuitamente.

Pero una evaluación global, objetiva y operativa de la historia exige también descubrir en el proceso histórico las posibilidades y valores nuevos que también se han desarrollado en el continente y en sus pueblos durante estos quinientos años. Son aspectos de los que he prescindido en estas reflexiones, pero que América Latina no puede ignorar ya que ellos forman parte de sus propias reservas y de sus posibilidades para enfrentar con confianza el futuro.

3. EL EVANGELIO Y LA IGLESIA EN AMERICA LATINA

Durante estos siglos la Iglesia ha jugado un importante papel en el continente. Su influencia ha sido tan decisiva que en el Documento de Puebla no se dudaba en afirmar que "la fe de la Iglesia ha sellado el alma de América Latina, marcando su identidad histórica esencial y constituyéndose en la matriz cultural del continente, de la cual nacieron los nuevos pueblos" (DP 445). Hoy se calcula un amplio ochenta por ciento de la población como católica. Pero también se reconoce, como ya indicamos anteriormente, la debilidad operativa de esta fe, ya que "en pueblos de arraigada fe cristiana se han impuesto estructuras generadoras de injusticia" (DP 437).

Al pretender fijar la Iglesia su postura ante el V Centenario también ha de evaluar con objetividad y responsabilidad evangélica su presencia y su actuación durante estos quinientos años en el proceso histórico seguido en el continente.

La llegada de la Iglesia a la Amerindia

Es importante reconocer que la llegada de la Iglesia a la Amerindia es complejamente ambigüa como se refleja en las distintas Bulas que durante 1493 emitió Alejandro VI en favor de los Reyes Católicos.

Es evidente que en estos documentos prevalecía el interés por una evangelización misionera en favor de los indígenas y aborígenes. Pero también es claro que, por este motivo y por las teorías imperantes en la época sobre el supremo poder temporal del Papa, en dichas Bulas se concedía a los Reyes potestad, autoridad y jurisdicción plena, libre y omnímoda sobre las tierras y pueblos descubiertos. Los textos eran

suficientemente elocuentes para que los españoles vieran justificados en ellos su decisión de conquista y las previsibles guerras que de ella se derivaban.

Podemos afirmar que la alianza entre la Iglesia y el reino conquistador dió origen a confusiones y desorientaciones que afectaron al sistema de evangelización y al modelo prevalente de una Iglesia que se implantaba colaborando y asumiendo los signos del descubrimiento, de la conquista y del imperio por los que estaba marcada la empresa de los Reinos Ibéricos. Para los aborígenes y para los esclavos negros era inevitable el ver que las autoridades del reino y las de la Iglesia constituían un sólido bloque. Los conquistadores, incluso reconociéndose pecadores en muchos casos, se sentían apoyados por la Iglesia y conscientes de que le estaban prestando un importante servicio.

Desde esta perspectiva la Iglesia tiene que asumir la participación que tuvo en el pecado original con el que quedó marcado el nacimiento de América Latina y su importante colaboración en el desarrollo de los graves problemas humanos que padecieron especialmente los aborígenes y los esclavos negros. Las mismas autoridades eclesiales y las órdenes religiosas con frecuencia se beneficiaron de la injusta situación creada y, en la práctica, junto a la Iglesia española y criolla se desarrollaron otras comunidades de segundo orden, integradas por aborígenes o por negros, carentes de responsables eclesiales del propio grupo.

Esta actitud de la Iglesia favoreció desde un principio una comprensión de la fe que abría un abismo entre las fervorosas expresiones piadosas y la incoherencia ética de la vida a todos los niveles. Con la expresión de Puebla la fe no tuvo fuerza en los conquistadores para establecer un mundo en el que predominara la justicia.

Con la Iglesia también llegó el Evangelio

Con la limitada Iglesia de la época llegó también el evangelio a las tierras americanas. Muy pronto, a través de sus mejores seguidores, éste se constituyó en una constante instancia crítica tanto para los reinos conquistadores como para la propia Iglesia fuertemente identificada con ellos en un epocal contexto de cristiandad.

Ya en 1511 el célebre sermón de Fray Antonio de Montesinos no sólo cuestionaba el modo como se comenzaba a desarrollar la conquista sino también la validez de los mismos títulos en la que ésta pretendía apoyarse. Desde este momento se advierte un constante desarrollo de la crítica conciencia cristiana. Recordemos algunos de los momentos más importantes.

La escuela de Salamanca, en la que sobresale Fray Francisco de Vitoria, clarifica la

nulidad de los títulos de la conquista que pretendían apoyarse en la autoridad del Papa o del Emperador sobre todos los pueblos del mundo. Logra establecer las bases de un nuevo derecho internacional en el que se proclaman los derechos inalienables de las naciones, aunque no faltan limitaciones que posteriormente han sido superadas.

Fray Bartolomé de las Casas se constituye en el defensor de los aborígenes y propone la alternativa de una evangelización pacífica.

Fray Francisco José de Jaca condena enérgicamente el tráfico y la esclavitud de los negros.

Los resultados siempre fueron limitados. No faltaron objetores de conciencia. Se elaboraron leyes más acordes con la justicia. Se buscaron alternativas, como las de las conocidas Reducciones del Paraguay. Quizás lo más importante fué el despertar de una conciencia nueva en la humanidad sobre los derechos humanos que lentamente a través de los siglos se ha ido abriendo camino con incidencia en la misma eclesiología y en la comprensión de la evangelización.

De una manera sencilla podemos afirmar que el Evangelio perdió muchas batallas frente a los conquistadores durante la colonia, como las perdieron los aborígenes y los negros. Pero hoy el Evangelio, juntamente con los mismos aborígenes y negros, continúa siendo la más severa crítica del pasado y una llamada de conversión radical de cara al futuro. El reconocimiento de los errores del pasado abre hoy caminos nuevos e inéditos a la Iglesia en su misión evangelizadora en América Latina.

Un acontecimiento puntual, no siempre suficientemente valorado, es el de Guadalupe tal como quedó expresado en el *Nican mopohua*. El constituía la gran alternativa de evangelización del mundo aborigen frente a los menos acertados sistemas que la época proponía.

La Iglesia posterior a la emancipación

Después de los acontecimientos de la emancipación sucedieron largos años difíciles para las iglesias de América Latina. Dos hechos tuvieron especial importancia: las tensas relaciones de los nuevos gobiernos nacionales con el Vaticano y la irrupción de las élites del liberalismo neocolonial anticlerical.

La aceptación plena de la emancipación fué relativamente tardía por parte de Roma. Sólo se alcanza en 1831 por la encíclica *Sollicitudo ecclesiarum* de Gregorio XVI. Simultáneamente es el momento en el que el Vaticano se propone poner fin a los derechos del plurisecular Patronato Regio, que los nuevos gobiernos pretendían

heredar de las monarquías ibéricas. La situación fué tan crítica que, en muchos países, apareció el peligro de un cisma mediante la instauración de iglesias nacionales.

Pronto las oligarquías dominantes fueron alcanzadas por las corrientes del liberalismo europeo. Así, desde las instancias políticas, en muchas de las nuevas naciones comenzó a desarrollarse un laicismo militante, agresivo y anticlerical claramente inspirado por el que se había desencadenado por la Revolución Francesa.

Las dificultades y problemas inmediatos, juntamente con las corrientes restauracionistas eclesiales europeas, no ayudaron a las Iglesias a percibir los nuevos signos salvíficos de los tiempos. En efecto, en el continente se comenzaba a abrir la posibilidad de poner fin al caduco período de cristiàndad y se le abrían las puertas a la Iglesia para incorporarse al nuevo contexto cultural de la modernidad que iniciaba su presencia en América Latina, aunque marcado con todas las limitaciones que le imponían su situación social y su dependencia neocolonial.

En general la nueva situación tuvo la ventaja de ir eliminando los privilegios sociales y tradicionales de la Iglesia y el comenzar a alinearla entre los sectores marginados y agredidos en el continente. Esto le ofrecía la posibilidad de una comprensión más objetiva de sus antiguos errores y un acercamiento a la compleja realidad cultural y social en la que se encontraban sumergidas las naciones. Se le estaba facilitando un nuevo tipo de análisis radical desde los pobres y con los pobres. La solidaridad entre éstos y la Iglesia tendía a hacerse cada día más estrecha y profunda.

A finales del siglo XIX, presidido por León XIII, se celebra en Roma el primer Concilio Plenario de América Latina. Es un primer esfuerzo de comunión e integración operativa de todas sus iglesias, enfrentando los principales problemas de la época. Significativamente en dicho encuentro se subrayaron la naturaleza de la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo y su misión salvífica en la historia.

Una Iglesia a partir de 1955

En la última etapa de la historia de América Latina, que se inicia en 1945, se va a producir la renovación más profunda y original de sus iglesias que las marca profundamente hasta el presente.

En 1955, impulsada por Pío XII, se celebra en Río de Janeiro la Primera Conferencia del Episcopado Latinoamericano. Aborda todos los problemas más importantes del continente y de sus iglesias con una originalidad que prenuncia el espíritu y las orientaciones del Concilio Vaticano II. Baste recordar su apertura ecuménica y misionera, su promoción del laicado, su preocupación por el mundo indígena, su

acercamiento a los problemas económicos, sociales y políticos, destacando la importancia de promover vocaciones sociales y cívicas. En esta Conferencia se sugirió ya la necesidad de crear un Instituto indigenista y etnológico y se condenó severamente la discriminación racial y el abuso de los bienes y de las personas de los indígenas.

Monseñor Larraín advirtió en una de sus intervenciones: "Solamente una América Latina estrechamente unida, no sólo en la fe y en la caridad, sino más que todo en la acción, podrá dar a la Iglesia la respuesta de esperanza redentora que de ella se espera".

El resultado más importante de este encuentro fué la primera integración operativa de las Iglesias Latinoamericanas, marcada con las novedosas orientaciones de sus conclusiones. En los años inmediatos nace el CELAM, la CLAR y la OSLAM, tres organismos de comunión a nivel continental.

En 1968 se va a celebrar en Medellín la II Conferencia. En las proximidades del acontecimiento decía Monseñor Pablo Muñoz Vega:

> *Basta dirigir una mirada a la situación actual de América Latina y ver los problemas que la agitan -problemas sociales y económicos, el problema de su fe, el demográfico, educativo, etc.- para darnos cuenta de que vivimos en la coyuntura histórica más grave de nuestro continente. Por ese motivo, creo que la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (...) será, sin duda, un acontecimiento decisivo, quizás el más importante para la historia del continente.*

Medellín es la Iglesia que hace una opción preferencial y solidaria con los pobres. Por vez primera se habla de una nueva evangelización. Se proyecta un nuevo modelo de Iglesia "auténticamente pobre, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres".

El mismo año se celebra el encuentro de Melgar sobre las misiones en las comunidades aborígenes. Monseñor Gerardo Valencia con toda audacia denuncia que "nos falta la tipología de las misiones en América Latina que, tomando en consideración sus características esencialmente peculiares, nos faciliten esclarecer su 'qué' y su 'para qué' y, en consecuencia, el 'cómo' de su actividad integrada en una pastoral de conjunto a nivel nacional y continental".

Medellín no se redujo a un documento. De su espíritu nacieron la Teología de la

Liberación, la de la Religiosidad Popular, las Comunidades Eclesiales de Base, la nueva orientación misionera en las comunidades aborígenes, la inquietud por el amplio mundo afroamericano y, sobre todo, la constelación de los innumerables mártires latinoamericanos durante estos duros años.

Una de las virtualidades más importantes de Medellín ha sido su capacidad de mantener una continuidad, no obstante las dificultades que ha ido encontrando en su desarrollo y aplicación. Dentro de esa continuidad tienen que ser situadas Puebla (1979), la proclamación de la nueva evangelización(1983 y 1984) y esperamos que sea la próxima conferencia de Santo Domingo, en el contexto de la conmemoración del V Centenario de la evangelización.

Otra virtualidad ha sido su fuerte incidencia en toda la Iglesia universal y en las Iglesias de todos los continentes e incluso en la amplia Iglesia Ecuménica. Hoy resulta difícil comprender lo que debe ser la Iglesia actualmente en nuestro mundo sin tener en cuenta el espíritu de Medellín. Fué un Pentecostés para todas nuestras comunidades, independientemente del valor mayor o menor de cada uno de sus documentos.

4. UNA CELEBRACION EVANGELICA Y EVANGELIZADORA

Tras estas reflexiones volvemos a nuestras preguntas iniciales: ¿la historia del continente latinoamericano permite una celebración del V Centenario de su nacimiento?, ¿tiene la Iglesia algún modelo alternativo qué ofrecer?

La celebración en la Iglesia

Antes de descender a unas conclusiones concretas, me parece necesario hacer una breve reflexión sobre la celebración típica en la Iglesia, que es la celebración eucarística, en el marco de comprensión del lugar de la Iglesia en la historia y en el mundo.

En la Constitución *Gaudium et Spes* afirmaban en su introducción los Padres Conciliares:

> *Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo*, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, *son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre* y han recibido la

buena nueva de salvación para comunicarla a todos. *La Iglesia, por ello, se siente íntima y realmente* solidaria *del género humano y de su historia* (GS 1).

Esta peculiar conexión de la Iglesia con la humanidad tiene su fundamento en el mismo origen de la Iglesia: la muerte y la resurrección de Jesucristo, acontecimientos que la comunidad celebra en la eucaristía. Tres preguntas se abren ante nosotros: ¿qué es lo que se celebra?, ¿cómo debe celebrarse? y ¿para qué se celebra?

Curiosamente lo que se celebra en primer lugar es la misma muerte de Cristo. San Pablo ha dejado constancia de esta realidad: "De hecho, cada vez que coméis de este pan y bebéis de esta copa, proclamáis la muerte del Señor, hasta que El vuelva" (1 Cor 11,26). Es una muerte que recoge una trágica experiencia de la humanidad: es muerte dolorosa (Hb 2,18); es muerte que tiene su origen en el pecado (Rm 5,12), y que se revolvió homicidamente contra Jesús mismo (Hch 3,15).

En el caso de Cristo sobresale su muerte como asesinato de un inocente (Hch 3,14), lo que le ofrece la posibilidad de probar "al mundo que hay culpa, inocencia y sentencia: primero, culpa, porque no creen en mí; luego inocencia, y la prueba es que me voy con el Padre (...); por último sentencia, porque el jefe del orden presente ha salido condenado" (Jn 16,8-11).

Pero la muerte de Jesús no se reduce a un juicio de la historia de la humanidad. Ella se encuentra penetrada por el Espíritu de Dios, orientada e impulsada por el Evangelio, significada como expresión límite del amor-ágape (Jn 15,13; Rm 5,6-8; 1 Jn 3,16-18). Por eso el Cristo que muere es vida y resurrección (Jn 11, 25-26). Es la muerte del buen pastor para que sus ovejas tengan vida y la tengan más abundante (Jn 10,1-18). Su objetivo es "liberar a todos los que por miedo a la muerte pasaban la vida entera como esclavos" (Heb 2,15). Su muerte nos muestra un hombre nuevo, "el primero en nacer de la muerte" (Ap 2,5), comprometido en hacer nuevas todas las cosas (Ap 21,5), con esperanza firme de engendrar un mundo nuevo: "Vi entonces un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido y el mar ya no existía" (Ap 21,1).

Este acontecimiento de muerte y de vida es el celebrado por la Iglesia eucarísticamente en el desolado desierto del mundo, simbolizado en pan y vino, con la promesa y la garantía que "quien coma de este pan vivirá para siempre" (Jn 6,58).

Pero, ¿cómo se ha de realizar esta celebración simultáneamente crítica y esperanzadora? San Pablo nos ha dado la clave en el capítulo 11 de su primera carta a los Corintios.

En efecto, la eucaristía es siempre un recuerdo de un ayer histórico padecido y vivido salvíficamente por Jesús. Pero los problemas del ayer continúan teniendo plena vigencia en cada hoy, aunque con expresiones y formas distintas. Jesús ya lo había anunciado: "A los pobres siempre los tendréis con vosotros" (Jn 12,8), sintiéndose profundamente identificado con ellos (Mt 25, 37-46).

Pablo hace conscientes de esta realidad a los cristianos de Corinto, descubriéndoles que siguen existiendo problemas similares no sólo al exterior (Rm 1,18-32), sino incluso al interior de la propia comunidad eclesial: mientras unos derrochan, otros padecen hambre, lo que explica que "hay entre vosotros muchos enfermos y achacosos y que hayan muerto tantos" (1 Cor 11,28-34). Ante esta realidad el Apóstol descubre dos formas de celebrar la eucaristía: la primera, recordando e incluso criticando severamente el pasado, pero desentendiéndose de los problemas del presente; la segunda, enfrentando las necesidades actuales con el mismo aliento y estilo del Señor. En el primer tipo de celebración, la eucaristía termina condenando a la propia comunidad celebrante con el mundo (1 Cor 11,28-34).

¿Cuál es pues el objetivo de la celebración eucarística? Jesús mismo lo ha dicho: "Haced esto en conmemoración *(anámnesis)* mía" (1 Cor 11, 24-25). No se refería exclusivamente a la repetición del rito. San Juan lo ha clarificado: "Hemos comprendido lo que es el amor, porque aquél se desprendió de su vida por nosotros; ahora también nosotros debemos desprendernos de la vida por nuestros hermanos. Si uno posee bienes de este mundo y viendo que su hermano pasa necesidad le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios? Hijos, no amemos con palabras y de boquilla, sino con obras y de verdad" (1 Jn 3, 16-18).

Este es el modelo tipo de celebración en la Iglesia, cargado de vigencia y actualidad para hacer de la conmemoración del V Centenario una celebración evangélica y evangelizadora, alimentada por el espíritu del amor-ágape.

Una celebración evangélica del pasado

Cuando recordamos como cristianos la historia de estos cinco siglos nos quedamos, sin duda, sorprendidos ante la figura de Juan Diego tal como se nos presenta en el Nican mopohua, al que en tantas ocasiones he definido como el quinto Evangelio de América Latina. En él parece que se realiza la nueva iglesia del Espíritu que esperaban "los doce" misioneros franciscanos de México. Juan Diego es el hombre nuevo que surge del corazón de la Amerindia, abriendo modélicamente el camino que debería seguir la Iglesia en el progresivo desarrollo de sus comunidades.

Hoy podemos quedarnos polarizados por este sorprendente hecho y por la gran

expansión que ha tenido la Iglesia durante estos cinco siglos en América Latina, olvidándonos del duro contexto de muerte y de Evangelio, contexto eucarístico, en el que esto se ha realizado.

La historia de muerte, que se ha prolongado durante estos cinco siglos, ha sido con frecuencia encubierta, manipulada, "explicada" e interesadamente suavizada. Pero hoy es voceada por las comunidades aborígenes, por los afroamericanos, por los campesinos sin tierra y por el inmenso proletariado empobrecido de todo el continente. Ya no se puede ocultar el simbólico viacrucis que un día levantó Motolinía en los alrededores de la ciudad de México. Es interminable la secuencia de los crucificados durante cinco siglos por todos los caminos y lugares de América, en muchas ocasiones bajo el pretexto de la justicia, del progreso e incluso de la evangelización. Frente a las víctimas muchas veces resuena el eco de la sentencia de Caifás: "Conviene que uno muera por el pueblo" (Jn 11,50), o aquella otra: "Ha blasfemado, ¿qué falta hacen más testigos?" (Mt 26,65-66).

Pero junto a esta plurisecular historia de muerte -con sus clamores y resistencias- también ha estado presente desde el principio el Evangelio con sus profetas, sus santos y sus mártires. Desde Fray Antonio de Montesinos (año 1511) hasta los mártires de nuestros días, el Evangelio, de diferentes maneras, se ha sentido unido a las víctimas, cuestionando constantemente la conciencia de los cristianos y de los poderosos de los distintos tiempos tanto al exterior como al interior del continente. Sus duras denuncias, sus propuestas de alternativas más humanas, su testimonio han conseguido a veces limitados resultados positivos, que suelen ser especialmente subrayados por algunos; y otras veces fueron desoídos acumulando sufrimientos e injusticias sobre los vencidos y oprimidos.

Muerte y Evangelio, en este V Centenario, abren el juicio histórico de las naciones del que nos hablaba Jesús (Mt 25, 31-46). Es un juicio presidido por Cristo, que se presenta acompañado por el testimonio de los pobres, de los profetas y de los mártires.

Desde nuestra perspectiva de creyentes se trata de *un juicio evangélico* y, consiguientemente, objetivo y salvífico, pero que enfrenta la historia de estos cinco siglos y al que son llamadas las iglesias y nuestra Iglesia, los imperios y las naciones y especialmente todos los grupos humanos que se han sentido poderosos para modelar la historia conforme a sus criterios e intereses.

Se trata de un juicio objetivo, porque pretende clarificar las luces y las sombras, las aportaciones positivas y las injustificadas agresiones, los aciertos y los errores, pero

sin ocultar nunca la parte más sangrienta de la realidad, como exigían los Apóstoles al pueblo de Israel después de la muerte de Cristo.

Pero es también un juicio de salvación, es decir, que impulsa y reclama *la conversión de nuestra generación actual* y de las futuras generaciones.

En efecto, ante el juicio abierto por el V Centenario, podemos caer en la postura de los fariseos denunciada por el mismo Jesús:

> *¡Ay de vosotros!, letrados y fariseos hipócritas, que edificáis sepulcros a los profetas y ornamentáis los mausoleos de los justos diciendo: 'Si hubiéramos vivido en tiempos de nuestros padres no hubiéramos sido cómplices en el asesinato de los profetas'(...). Mirad, para eso os voy yo a enviar profetas, sabios y letrados: a unos los mataréis y crucificaréis, a otros los azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de ciudad en ciudad; así recaerá sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra (...). Os aseguro que todo eso va a recaer sobre esta generación* (Mt 23,30-36).

Jesús marca un camino de celebración evangélica del pasado. Es necesario reivindicar la inocencia de las víctimas, recordar la difícil labor realizada por los profetas, recuperar la historia desarrollada, en medio de muchos fracasos, en favor de la justicia y del amor. Eso es justo, humano y evangélico. Pero, si nos reducimos a eso caeremos en una frívola condena del pasado, lavándonos inocentemente las manos como Pilato, al mismo tiempo que entre gloriosas fiestas nos olvidamos de los problemas actuales que tienen profundas raíces en el pasado y que se encuentran marcados por las injusticias de nuestro presente. Las víctimas de hoy recogen la herencia de las víctimas de ayer. Las injusticias de hoy y los beneficiarios de ellas se sustentan también sobre las del pasado. El juicio del ayer exige la conversión y el cambio de actitud de los hombres hoy.

Resumiendo brevemente, podemos afirmar que una celebración evangélica y eucarística del pasado exige desarrollar dos aspectos fundamentales.

El primero es asumir críticamente la historia. Esto implica, en primer lugar, restablecer la justicia, reconociendo la inocencia de las víctimas y las injusticias que las originaron. Pero también supone el recoger la voz de los profetas y de todos los hombres de buena voluntad que impulsaron y estimularon la promoción de un mundo más justo y humano desde las difíciles circunstancias en las que tuvieron que vivir.

Analizada y comprendida la historia, conocidas las operativas huellas del pasado que todavía actúan y condicionan el presente, una celebración supone prioritariamente

una conversión y un compromiso para promover un mundo nuevo más justo, humano y evangélico. Es importante restaurar la verdad del pasado, pero es más urgente impulsar una nueva realidad. La comprensión crítica del pasado histórico tiene como función la construcción de un futuro mejor.

La celebración eclesial: compromiso de la nueva evangelización

También la Iglesia se encuentra ante la inaplazable conmemoración del V Centenario que hemos cualificado como Centenario de la evangelización, marcando la importancia que la Iglesia tuvo en el devenir de la historia de América Latina. La importancia de su presencia nos marca también la ambigüedad de su proceder, lo que a muchos les hace preguntarse si es tiempo para celebraciones.

La Iglesia, ante la llegada del Evangelio a América Latina y su progresivo enraizamiento a través de estos quinientos años, ha de enfrentar una celebración, evangélica y eucarística, como ya hemos dejado apuntado anteriormente.

Como institución histórica y existencial, en la que se hace presente el misterio salvífico de Dios, pero también las limitaciones, errores y pecados de sus miembros, ha de saber afrontar el juicio evangélico de su historia. También a ella la juzga el Evangelio con el testimonio de las víctimas de los profetas y de los mártires. Como en repetidas ocasiones ha afirmado Juan Pablo II, en esa historia vamos a encontrar luces y sombras, gracia y pecado, aciertos y errores. Es el momento de asumir salvíficamente la verdad completa de su historia y de clarificar y profundizar las causas y motivos que explican sus aciertos y sus desaciertos, recordando que lo que no se asume no se redime.

No me cabe duda que en el doloroso encuentro de pueblos, que aconteció hace quinientos años, fué el Evangelio el factor que más influyó para hacerlo menos inhumano, aunque en muchas ocasiones fuera interesadamente manipulado por los propios creyentes. También Cristo debió sentirse crucificado de nuevo por sus cristianos, pero sembró una semilla de esperanza en los ojos de Juan Diego, gritó a través de sus profetas y testimonió con la vida de sus santos. No negó la tragedia de la muerte, pero mantuvo esperanzados horizontes de resurrección, a los que hoy se abren los diferentes sectores de América Latina.

Si la historia envía un importante mensaje a nuestra Iglesia actual, ante una celebración, ésta ha de abrirse también a los grandes problemas actuales que hoy condicionan la vida de la población de América Latina. No podemos olvidar que la celebración hay que hacerla aquí y ahora, en medio de un pueblo y con un pueblo heredero de una dura historia, inmerso en un ambiente de dificultades que lo aplastan

y que parecen casi insuperables, pero decidido a afrontarlas con su esperanza puesta en Dios, en su esfuerzo de superación y en el crecimiento de una sensibilidad solidaria a nivel de toda la humanidad. La celebración ha de realizarla la Iglesia con su pueblo, proclamando el Evangelio, es decir, una buena noticia de parte de Cristo que lo confirma en su esperanza:

> *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque El me ha ungido para que dé la buena noticia a los pobres. Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año jubilar del Señor* (Lc 4, 18-19).

Por último, la celebración no puede reducirse a palabras. Sólo habrá auténtica celebración por parte de la Iglesia con su pueblo cuando ella con Cristo asuma su compromiso ante el pueblo y por el pueblo: "Este cuerpo será entregado por vosotros y esta sangre será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón, es decir, para la eliminación del pecado y la promoción del amor-ágapé".

El compromiso de la Iglesia con América Latina hoy tiene ya un nombre: La nueva evangelización, proclamada por Juan Pablo II y orientada fundamentalmente por el espíritu de Medellín y Puebla. Pero la nueva evangelización es también un compromiso de la Iglesia universal en orden a promover el espíritu de solidaridad en el hemisferio norte, especialmente en relación con las naciones del hemisferio sur, con los pueblos que históricamente han tenido que soportar el colonialismo y el neocolonialismo, con los grupos humanos que han sufrido la esclavitud, la explotación y la marginación.

La nueva evangelización pretende primariamente la renovación profunda de la Iglesia, la fidelidad al proyecto del Evangelio, comprometiéndose especialmente con Cristo y con las víctimas de la historia y de nuestra historia a impulsar en ella un nuevo ardor, unos nuevos métodos y una nueva expresión para promover en todo el mundo la civilización del amor.

Algunas sugerencias para la celebración del compromiso

Quiero terminar ofreciendo algunas sugerencias que podrían servir para los actos celebrativos del compromiso eclesial, de tal manera que dicho compromiso se haga creíble y no se encuentre invalidado por antisignos.

Primero: me parece que tales celebraciones deberían ser un foro abierto, en el que pudieran manifestar sus problemas las víctimas de nuestra sociedad y donde pudiera escucharse la voz de los que durante siglos habían sido privados de ella. Este camino